

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS, MIGUEL DE LA MADRID HURTADO, EN LA CENA OFRECIDA EN HONOR DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE ARGENTINA, RAUL ALFONSIN

Excelentísimo Señor Doctor Raúl Alfonsín,
Presidente de la República Argentina;

señoras y señores

Es para mí un honor extenderle nuestra más cordial bienvenida, en nombre del Pueblo y del Gobierno de México. Recibirlo a usted, nos brinda la oportunidad de corresponder a su generosa hospitalidad, cuando tuvimos la fortuna de visitar su tierra admirable, en abril pasado. En aquella ocasión comprobamos, una vez más, la afinidad entre las dos naciones, sus analogías culturales y su propósito de alcanzar un desarrollo con justicia en beneficio de ambos pueblos.

Desde hace décadas, México ha estado vinculado estrechamente a los procesos de democratización en América Latina y en otras regiones del Mundo. Es por ello que, ayer y hoy, cuando ha sido necesario, hemos acogido a luchadores por la libertad que vieron cerrados provisionalmente los espacios de la democracia. Una invariable tradición de asilo, que ha brindado protección a algunos de los mejores hombres de la cultura latinoamericana y universal, enriquece la vida política y social de México. En el pasado reciente, vivieron también entre nosotros argentinos que hoy han vuelto a su patria para consolidar un sistema de libertades. Por tales razones, nos enorgullece recibir al estadista que hace posible en su país un gobierno fundado en el pleno respeto a la dignidad y a los derechos de la persona, y que ha insistido en la teoría y en la práctica en el ejercicio ético del poder.

En los últimos tiempos, además, nos hemos propuesto subrayar especialmente la solidaridad de México con la democracia que, por fortuna, renace y se extiende al Sur del Continente. En ese proceso de renovación, Argentina y el Presidente Alfonsín han desempeñado un papel de protagonistas que sin duda reconoce el conjunto de los países del Hemisferio.

México sabe bien que la democracia es el resultado de un prolongado esfuerzo popular. Sin embargo, los pueblos latinoamericanos hemos vivido también, a veces dramáticamente, las dificultades de consolidar instituciones. La limitación de recursos, las estructuras seculares del subdesarrollo y la dependencia y las situaciones de conflicto internacional que se trasminan a todo el

mundo interfieren en nuestros procesos internos y limitan severamente sus posibilidades. Nuestra experiencia indica que no hay calzadas seguras en la marcha hacia la democracia, sino sólo la voluntad patriótica y decidida de cada pueblo.

La democracia es un proceso que nunca puede darse por concluido definitivamente; es un sistema político y social que amerita un constante esfuerzo de perfeccionamiento, de adaptación a circunstancias nuevas, del rechazo a tendencias autoritarias que de tiempo en tiempo amenazan el poder del Pueblo y sus libertades.

Desafortunadamente, en esta compleja hora de la historia, la democracia enfrenta múltiples dificultades políticas y económicas. Los conflictos internacionales subordinan consideraciones sociales y morales a proyectos estratégicos y reducen nuestro campo de acción. Las pretensiones hegemónicas, de diverso origen, se manifiestan frecuentemente en exigencias de alineamiento, imponen alianzas artificiales y procuran establecer o ampliar zonas de influencia, sin tomar en cuenta las peculiaridades de cada entidad nacional. Es bien sabido, Señor Presidente, que para el pleno ejercicio de la democracia resulta inaceptable cualquier restricción a la soberanía o la distorsión de la identidad histórica de los pueblos.

Por lo demás, la desigualdad prevalece y se profundiza sobre el orden económico internacional. En los intercambios comerciales y financieros entre las naciones industrializadas y los países del Sur, tenemos una clara desventaja. Quienes menos tienen transfieren recursos a los poderosos. Mientras descienden los precios de nuestras materias primas asciende el valor de los bienes de capital. En los mayores mercados del Planeta se incrementan las medidas de protección que obstaculizan la exportación de nuestros productos. Cada vez son más grandes las dificultades de una transferencia útil de tecnología y, al mismo tiempo que se amplía la brecha del conocimiento científico aplicado, se nos impone una división internacional del trabajo que puede condenarnos irremisiblemente al atraso y a la dependencia. La transferencia neta de capitales del Sur hacia el Norte es la prueba más clara de la irracional estructura de la economía internacional vigente.

Este conjunto de circunstancias dificulta la posibilidad de nuestro desarrollo y vulnera los procesos de la demo-

cracia política y social en que nos empeñamos. La crisis económica nos impone además el rigor de un ajuste económico que obedece a desequilibrios globales y que no encuentra, en las sociedades más prósperas, la contrapartida de una análoga responsabilidad.

Mientras no se abandonen los afanes de dominio y se comprenda que el malestar de los pueblos tiene su raíz en profundas desigualdades económicas, es imposible alcanzar una paz duradera y la concordia internacional. Por eso decimos que, en nuestros días, la lucha por la democracia es también la defensa de la soberanía, el respeto al orden jurídico entre las naciones y el establecimiento de un orden económico justo y equilibrado. Hoy, nuestro *desiderátum* consiste en lograr la plena expresión de las capacidades de cada sociedad, al margen de limitaciones impuestas o artificiales.

El endeudamiento externo, las crecientes tasas de interés, la escasez de los recursos financieros, el proteccionismo de los países industrializados, ponen en cuestión, al mismo tiempo, la viabilidad de nuestro futuro económico, la democracia y la estabilidad. No es posible permanecer pasivos indefinidamente ante tal amenaza. En este continente, en el que han nacido tantas inteligencias excepcionales y voluntades férreas, han de generarse también respuestas inteligentes y decididas a fenómenos de tamaña gravedad. Es verdad que debemos ser prudentes ante un mundo hostil y conflictivo, pero sin que nuestra medida disminuya la indispensable audacia e imaginación, y manteniendo nuestra firme y serena decisión de preservar nuestros derechos soberanos.

Los países de América Latina, con una base histórica y cultural común, exploran hoy los medios de una concertación de voluntades necesaria al diálogo político y a la acción solidaria. Para nosotros, resulta evidente que la desunión y las diferencias han sido causa de debilidad y un obstáculo al reconocimiento y consolidación de nuestra identidad cultural y política. Esta desunión ha colocado a América Latina en desventaja frente a otros regímenes del mundo que, por necesidad histórica han aprendido antes que nosotros, a integrarse y trabajar en común.

En el proceso de la descolonización que siguió a la Segunda Guerra, los pueblos del Sur percibieron que en la semejanza de sus problemas y de las soluciones residía una enorme fuerza acumulada. Este hecho, a pesar de las dificultades, modificó el esquema de las relaciones internacionales durante las últimas décadas. El diálogo político y la negociación entre el Norte y el Sur, sobre problemas generales o específicos, sólo será posible sobre la base de esa acción solidaria, que en América Latina aún deberá fortalecerse y definir con mayor claridad los rumbos de su aplicación.

Señor Presidente Alfonsín:

El viaje que realicé, el año pasado, a su país y a otras cuatro naciones hermanas del Continente, tuvo como

propósito esencial el intercambio de puntos de vista y explorar nuevas formas de cooperación. Las visitas de Estado que usted ha llevado a cabo en diversos países de América, seguramente han tenido una finalidad parecida. Deseamos vivamente que este encuentro entre los Presidentes de Argentina y México continúe contribuyendo a una nueva etapa de la cooperación entre nuestros países y, por ende, de la solidaridad latinoamericana.

Señor Presidente:

Deseo expresar ante usted, una vez más, que México respalda a la nación argentina en su reivindicación de soberanía sobre las Islas Malvinas. Y nos permitimos llamar de nueva cuenta a Gran Bretaña, país que ha demostrado sabiduría ante el proceso moderno de descolonización, a un esfuerzo excepcional que permita a las partes, mediante el diálogo y la negociación, encontrar la solución adecuada de este problema que afecta, gravemente, a la conciencia y a la sensibilidad latinoamericana.

En la vecina Centroamérica, por desgracia aún persiste el peligro de la guerra. Los esfuerzos pacificadores del Grupo Contadora se ven todavía obstaculizados por la desconfianza recíproca que deriva de medidas de intimidación, acoso económico y político, y maniobras de desestabilización y presencias militares foráneas. A pesar de las dificultades que encontramos México y los demás países de Contadora hemos expresado nuestra decisión de perseverar para que prevalezca en esta zona el diálogo y la negociación.

El apoyo de la comunidad internacional y la unanimidad del respaldo latinoamericano, en el que sobresale la voz de Argentina y del Presidente Alfonsín, tienen para nuestro esfuerzo un valor insustituible. Usted expresó recientemente que el Grupo Contadora es "el mecanismo adecuado para asegurar la pacificación del área", y ha señalado nítidamente los criterios que deben orientar las negociaciones correspondientes. Comparto su opinión. Esta convicción de que los latinoamericanos debemos y podemos resolver un problema latinoamericano nos alienta a proseguir nuestra tarea de mediación.

En el pasado mes de enero tuve la oportunidad de reunirme con usted, Señor Presidente, y con otros cuatro mandatarios distinguidos de otras regiones del Mundo, con el propósito de abordar el crucial problema de la paz. En la Declaración de Nueva Delhi, que suscribimos al lado de los primeros ministros Papandreu, Ghandi y Palme, y del Presidente Nyerere, expresábamos nuestra honda preocupación por el clima de tensiones internacionales prevaleciente y por la continuación de una carrera armamentista que pone al planeta al borde de la destrucción e implica un gigantesco despildeo de recursos materiales y humanos. Al afirmar nuestro derecho a la vida, hacíamos votos también porque esos recursos se destinaran al bienestar de los pueblos y a sentar las bases de un desarrollo compartido y equilibrado.

Aprovecho la ocasión de su visita a México, Señor

Presidente, para reiterar la adhesión de México a los principios pacifistas consignados en las declaraciones internacionales que hemos suscrito, y para expresar de nueva cuenta la esperanza de que las conversaciones que se iniciaron recientemente en Ginebra entre las delegaciones de Estados Unidos y la Unión Soviética, conduzcan a los resultados favorables que todos esperamos.

Señor Presidente Alfonsín:

Es esta una ocasión propicia para examinar el estado de las relaciones y fortalecer nuestros vínculos de cooperación. Desde nuestro encuentro el año anterior y a pesar de la difícil situación económica de los dos países, logramos incrementar nuestros intercambios comerciales. Debemos, sin embargo, realizar un esfuerzo sistemático para aprovechar mejor las propias ventajas comparativas en beneficio de ambas economías. El programa de intercambio compensado que recientemente se inició impulsará seguramente el comercio entre Argentina y México.

En materia de cooperación financiera, hemos acordado el establecimiento de líneas de crédito para facilitar las transacciones de bienes y servicios. Ahora, parece útil establecer un fondo de coinversiones para la realización de proyectos conjuntos en el terreno industrial. Son especialmente promisorias las acciones que emprendimos para crear, junto con Brasil, una empresa multinacional en el sector de los bienes de capital. Así, fomentamos el proceso de sustitución de importaciones en toda la región.

No olvidemos tampoco nuestros esfuerzos de colaboración en el campo de la energía, el transporte marítimo y aéreo, el turismo y la planeación económica y social. La voluntad política de ambos gobiernos debe orientarse a realizar acciones específicas que fortalezcan la cooperación económica bilateral.

Entre Argentina y México, los intercambios culturales y educativos han tenido siempre una particular intensidad. El conocimiento de nuestras variadas expresiones culturales refuerza la amistad. Es éste un ámbito natural de cooperación que debemos examinar con atención. Se trata de difundir más ampliamente las manifestaciones del pensamiento, del arte y de la ciencia, y de propiciar mayores contactos entre los creadores y los centros educativos y culturales de las dos naciones. Así habremos de enriquecer nuestro acervo espiritual.

Resulta urgente, asimismo, ampliar los intercambios científicos y tecnológicos. Debemos reducir la excesiva dependencia que en este campo sufren ambos países. Hemos identificado ya áreas de interés común para el desarrollo de proyectos de investigación científica y nos empeñamos en su realización.

La excelente comunicación política entre Argentina y México permite coordinar posiciones y formular iniciativas conjuntas en los diversos foros internacionales. En el ámbito regional procuraremos fortalecer el Sistema

Económico Latinoamericano como mecanismo de consulta y coordinación de nuestras naciones. Las fórmulas de colaboración horizontal que hemos establecido en el SELA demuestran el potencial de la cooperación entre los países del área.

Apenas exploramos las inmensas posibilidades de la cooperación Sur-Sur. La Región se encuentra a la vanguardia de este esfuerzo novedoso. Empero, aún debemos recorrer un largo trecho para alcanzar resultados satisfactorios. Es este un ejemplo de solidaridad que debe proseguir entre nosotros y con los demás países del mundo en desarrollo.

La integración latinoamericana es una tarea permanente que no es posible abandonar. Los progresos en el marco de ALADI son aún insuficientes. Es necesaria entonces una más firme voluntad política para avanzar hacia el propósito de liberar el comercio en la Región y progresar gradual y pragmáticamente en la integración de líneas específicas de producción industrial. Argentina y México, con otros países de la Zona, tienen una especial responsabilidad en este proceso.

Señor Presidente Alfonsín:

La seguridad de las naciones y la estabilidad del orden internacional depende ahora de la decisión política de los Estados de resolver por medios pacíficos las diferencias, y de cooperar eficazmente para el desarrollo y el bienestar de la Humanidad. Con ese fin, la comunidad internacional ha de fortalecer las instituciones que hemos creado para regir la convivencia de los pueblos.

México reitera que los organismos internacionales, no obstante sus limitaciones, constituyen en nuestros días la expresión más acabada de un orden mundial fundado en el respeto al derecho, la paz y la cooperación. Afirmamos por ello nuestro apoyo al Sistema de las Naciones Unidas. Estoy cierto que la República Argentina comparte plenamente esta convicción.

Vemos también con inquietud las muestras de incompreensión de los países industrializados hacia el problema de la deuda externa de América Latina. Es esta una cuestión que por sus graves consecuencias políticas y sociales no puede ser resuelta con la participación exclusiva de los bancos comerciales y de los organismos financieros internacionales. Nuestras naciones han demandado un diálogo político con los gobiernos de los países acreedores a fin de encontrar un arreglo que satisfaga los intereses a largo plazo de todas las partes involucradas, y que ubique el problema de la deuda en el marco más general de una nueva etapa de la cooperación económica internacional.

La recesión y el estancamiento no son aceptables para los países de América Latina. Debemos recuperar el ritmo de crecimiento para atender las necesidades de nuestros pueblos. El futuro de la democracia y la estabilidad de Latinoamérica están vinculados a una solución equitativa del problema de la deuda y de su servicio, que nos permita destinar mayores recursos a elevar los ni-

veles de vida de los hombres y mujeres de la Región.

Señor Presidente Alfonsín:

Su visita a México indudablemente estrechará las relaciones entre los dos países y fortalecerá nuestros vínculos de cooperación, en beneficio de los pueblos de Argentina y México.

Brindo, Señor Presidente, por su ventura personal y la prosperidad del noble pueblo argentino. Brindo por una América Latina unida en el empeño común de democracia, desarrollo y paz.

México, D.F., 25 de marzo de 1985.